



A0568

**05/11/1998****DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA PRESENTACIÓN DE LA REVISTA *LA AVENTURA DE LA HISTORIA***

Madrid, 05-11-98

Señor presidente de Unidad Editorial, señores directores, señoras y señores, En un acto como éste no conviene perder puntos de referencia porque, además, es un acto que da lugar y da nacimiento a una revista de historia. Yo no los voy a perder.

Pero, antes de referirme a ella, ustedes me van permitir que les diga --porque tampoco en estos actos conviene perder ni los puntos de referencia, ni el sentido del humor-- que yo, personalmente, confío mucho en un Presidente del Gobierno que, en estos tiempos sin duda agitados, tiene tiempo, a su vez, para hablar con periodistas insaciables de Felipe II, de la Inquisición, del último libro de Delibes o dedicar algunas horas a la semana, no al día, a la poesía.

Eso, por lo menos a mí, me da cierta confianza, me da cierta tranquilidad, y hoy, si me permiten ustedes, les sugiero que a ustedes también se la dé, porque siempre es bastante bueno que el Presidente del Gobierno se sepa defender de la insaciabilidad periodística y, en este caso, de la insaciabilidad periodística de un insaciable periodístico, como es el director de "El Mundo", y de los que trabajan con el director de "El Mundo"; es bien sabido eso.

Estos actos están sujetos a cierta formalidad o informalidad. Están viendo ustedes un ejemplo de lo que pasa, porque fíjense ustedes lo que yo tengo enfrente, en el mejor sentido de la palabra, y fíjense ustedes que ustedes, que han venido a escuchar en este acto, están en ese lado. Entonces, esto tiene un problema y es que, si miras para allá, te sacan mal estos que están aquí y, si miras para acá, solamente puede sentar mal a los que están allí; lo cual es otra demostración de insaciabilidad periodística, pero ¡qué vamos a decir!

De todo eso a mí me compensa, en gran medida, no solamente la alegría de estar aquí, sino también que no me ha pasado desapercibido un detalle curioso y, sin duda, un detalle que no ha sido premeditado: es que yo empecé este acto en este lado de aquí, y lo he terminado exactamente en el centro, delante de Felipe II, cosa que a mí no me importa nada sino que, por el contrario, me produce, tengo que decirlo, también una gran satisfacción histórica.

Algún día, cuando esta revista cumpla, a lo mejor 35 ó 40 años, podremos contar alguna anécdota de algún político en activo, sin duda, interesante, en relación con el personaje de Felipe II y con alguno que está aquí esta noche con todos ustedes.

Pero les quiero decir que yo también, en estos actos, consciente de la insaciabilidad periodística, consciente de la circunstancia histórica, siempre he aprendido que, cuando uno es invitado a clausurar un acto, sobre todo si tiene la responsabilidad que yo tengo, hay dos posibilidades: hacer unas simples palabras de cortesía y decirles "han hecho

ustedes un buen trabajo; adelante, lo han hecho ustedes muy bien" o hacer algo más: trabajar un poco. Y yo he decidido, en este acto, trabajar un poco. Digo un poco, pero con el poco que he trabajado, como conozco muy bien las insaciabilidades periodísticas, y estamos en una revista de historia, para la buena o para la mala, voy a dejar esta breve historia aquí, con todos ustedes.

Yo creo que en este fin de siglo tenemos todos una sensibilidad mucho más aguda, por ejemplo, para los conflictos internacionales, para las desgracias colectivas o para los ataques a la dignidad de la persona en cualquier rincón del mundo.

Junto con la globalización económica es verdad que cada vez hay una conciencia más universal. Esta solidaridad, esta conciencia universal, es, sin la menor duda, una conquista moral y también una conquista política que se manifiesta en muy distintos focos de nuestro planeta. Escándalos y tragedias, como la limpieza étnica en Kosovo o los enfrentamientos bélicos en el Congo, o la persistencia de regímenes tiránicos, plantean a la Comunidad Internacional qué hacer para restablecer la paz interna en los países en conflicto o para favorecer el respeto a los derechos humanos más elementales en el seno de las dictaduras.

Esta preocupación es una preocupación muy positiva; pero la respuesta no es sencilla, entre otras cosas, porque no hay una sola respuesta. Al caer el Muro de Berlín los bloques políticos y también los bloques mentales, afortunadamente, han desaparecido y nuestra mente y nuestra mirada se han vuelto más libres y vigilantes desde 1989, el año en que terminó políticamente este siglo XX.

La aparición de esta revista, por lo tanto, surge en este clima moral, en una clara percepción de que la historia de nuestros días es una crónica mundial de toda la humanidad.

Lo más evidente e imparable de este momento resulta ser, desde luego, la llamada "globalización económica"; pero también es innegable que la cultura, o el deporte, o el turismo, también se internacionalizan a pasos agigantados. Si el proteccionismo económico no tiene futuro, el principio de la "exclusión cultural" también carece de sentido y hemos de ser todos consecuentes con ello.

En el Derecho Internacional, por ejemplo, esto mismo acaba de ocurrir en nuestro continente con el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, integrado por cuarenta jueces de otros tantos países, cuya sentencias son de aplicación directa para todos los Estados miembros. Contra las resoluciones judiciales ni se debe ni se puede ir, si queremos profundizar nuestro compromiso con los derechos humanos, con los derechos fundamentales. Pero es necesario que la nueva responsabilidad penal internacional que se está formando no esté sujeta ni a preferencias ni a prejuicios ideológicos, sean del color que sean los acusados.

Hemos de ser consecuentes, como digo, y hemos de renunciar a cualquier miopía moral, de esas miopías morales que, con tanto acierto, denunciaba hace años José Ortega y Gasset.

La revista, que he tenido oportunidad también de ojear y hasta de empezar a leer, ofrece un dossier muy interesante acerca de España como nación. Y ahí es el segundo punto donde querría ir yo hoy, para aportar un granito de arena en esta presentación de esta revista.

Yo, señoras y señores, no soy un nacionalista español; pero sí soy un español con sentido autocrítico que cree en la vigencia, en la continuidad y en el futuro de la nación española. Yo creo que una España plural ganará aún más en las urnas del futuro de lo que ha ganado hasta ahora.

A mi modo de ver, la historia de los nacionalismos es la historia de un siglo XIX que se adentró demasiado en el XX. En cierto sentido, eso que se ha conocido como la derecha

y la izquierda han cambiado mucho durante las últimas décadas y hoy son más los puntos de encuentro que las distancias. Pero cabe preguntarse si han evolucionado de forma similar los nacionalismos. ¿Han tenido en cuenta, tal vez, el vertiginoso cambio de la realidad de nuestra Constitución que ha operado en nuestro país en los últimos años?

Durante los últimos veinte años los españoles hemos operado un cambio de una magnitud histórica, en nuestra propia trayectoria, sencillamente extraordinaria. A veces, al escuchar a algún colega político parece que el tiempo no ha pasado y que uno está leyendo las páginas de esta revista que presentamos.

Yo creo que entre todos tenemos mucho más futuro que pasado. España, afortunadamente, es una realidad cargada de futuro. Basta hoy con cruzar los Pirineos para darse cuenta del nítido papel que le corresponde a España en lo que se llama la "aldea global".

Cuando alguien discute esta realidad, yo me acuerdo, por ejemplo, de la hazaña constitucional de un pueblo español volcado en la calle en febrero de 1981, o intentando salvar la vida de un concejal secuestrado hace mucho menos tiempo. La historia de las últimas décadas es para mí la historia de un gran éxito colectivo.

Yo creo que los españoles tenemos una historia en común y hemos formado una voluntad propia durante cientos de años; y tenemos también mucho más futuro que pasado. España, para mí, es una realidad actual plasmada, en nuestra Constitución de una forma inequívoca. Una nación plural, rica y diversa, en la cual todos somos necesarios.

Pero la historia de los últimos veinte años es ciertamente la historia de un gran éxito. Es la historia de un pueblo empeñado en avanzar, en mejorar; en convertirse, definitivamente, en una nación moderna. Hemos defendido nuestras libertades, las individuales y las colectivas, cuando ha sido necesario. Hemos reaccionado todos juntos, unánimemente, cuando las hemos visto amenazadas.

Yo creo que la biografía común que tenemos los españoles está, además, llena de nuevas y buenas oportunidades, y que nuestra responsabilidad es, precisamente, el alcanzarlas. Por eso yo espero que todos nos demos cuenta también de la importancia del momento en que vivimos.

Una organización terrorista ha declarado que quiere dejar la violencia. Lo que el Gobierno ha dicho es que, antes de seguir adelante, los terroristas debían aceptar los resultados de las elecciones y convertir su cese de los derramamientos de sangre en una actitud definitiva. También hemos dicho que los españoles sabrán lo que ocurre y lo sabrán, porque tienen derecho a ello. Por eso el martes pasado hemos anunciado conversaciones con quien esté dispuesto a escuchar y a corresponsabilizarse; conversaciones con el único objetivo de corroborar esta nueva voluntad de paz.

El Gobierno, un Gobierno legítimo, representativo y democrático, ya ha dicho que la paz no se puede comprar, sencillamente, porque la paz no tiene precio. Pero esta paz, que vendrá, no será la paz que olvide los derechos de las víctimas. Por la paz y por sus derechos no nos cerraremos, sino que, al contrario, nos abrimos a la esperanza, al perdón y a la generosidad. Y por la paz pondremos lo mejor de nuestra parte para hacer definitiva esa paz con la ayuda y la esperanza de todos. Y, entonces, una vez más, podremos decir que hemos sido coherentes.

Y nada más. Éste es el pequeño testimonio y éste es el pequeño grano de arena en este acto de presentación de una revista a la que yo deseo que dure y que perdure. Buena suerte, buena mano y mucho acierto.